

# Puerto de Vigo, Guerra Civil Española y Segunda Guerra Mundial

Imágenes que deambulan entre la realidad y la ficción

IRENE SUEIRO ORALLO

Vigo

Como un par de nubarrones aparentemente inocuos que avanzasen con sigilo desde el corazón del Atlántico hasta morir en temporal al tocar la costa. Así escruta Stefan Zweig negros indicios bélicos, con cierta indolencia al principio, con viva preocupación más tarde. El autor austriaco, invitado por el *Pen Club International* a visitar Brasil y a participar en el Congreso de *Poets, Essayists and Novelists* a celebrar en Buenos Aires, se encontró con que tras haber embarcado el 7 de agosto de 1936 en Southampton rumbo a América del Sur, la primera escala del navío, en el puerto de Vigo, le iba a permitir tomarle el pulso a la recién comenzada Guerra Civil Española. Lo que allí vivió no lo dejó en absoluto indiferente, y se dispuso a ponerlo por escrito en dos planos temporales y narrativos diferentes: en un primer fresco de impresiones que recoge en su diario<sup>1</sup> y ven la luz ese mismo año, los signos inequívocos de la cercanía del conflicto bélico se diluyen en la fascinación que le produce la galería de seres humanos que contempla y retrata; publicadas sus memorias póstumamente, en 1944 –transcurridos dos años de su suicidio en Petrópolis (Brasil)–, hallamos el mismo episodio reelaborado bajo el microscopio que proporcionaron los acontecimientos posteriores. Éstos permitieron a Zweig ampliar su horizonte de expectativas, e interpretar detalles y gestos de aquel día como pequeñas pero decisivas

piezas en el engranaje de un reloj que iba a marcar muchas horas de desolación para Europa.

Como un par de nubarrones aparentemente inocuos que avanzasen con sigilo desde el corazón del Atlántico hasta morir en temporal al tocar la costa. Así escruta Stefan Zweig negros indicios bélicos, con cierta indolencia al principio, con viva preocupación más tarde. El autor austriaco, invitado por el *Pen Club International* a visitar Brasil y a participar en el Congreso de *Poets, Essayists and Novelists* a celebrar en Buenos Aires, se encontró con que tras haber embarcado el 7 de agosto de 1936 en Southampton rumbo a América del Sur, la primera escala del navío, en el puerto de Vigo, le iba a permitir tomarle el pulso a la recién comenzada Guerra Civil Española. Lo que allí vivió no lo dejó en absoluto indiferente, y se dispuso a ponerlo por escrito en dos planos temporales y narrativos diferentes: en un primer fresco de impresiones que recoge en su diario<sup>1</sup> y ven la luz ese mismo año, los signos inequívocos de la cercanía del conflicto bélico se diluyen en la fascinación que le produce la galería de seres humanos que contempla y retrata; publicadas sus memorias póstumamente, en 1944 –transcurridos dos años de su suicidio en Petrópolis (Brasil)–, hallamos el mismo episodio reelaborado bajo el microscopio que proporcionaron los acontecimientos posteriores. Éstos permitieron a Zweig ampliar su horizonte de expectativas, e interpretar detalles y gestos de aquel día como pequeñas pero decisivas

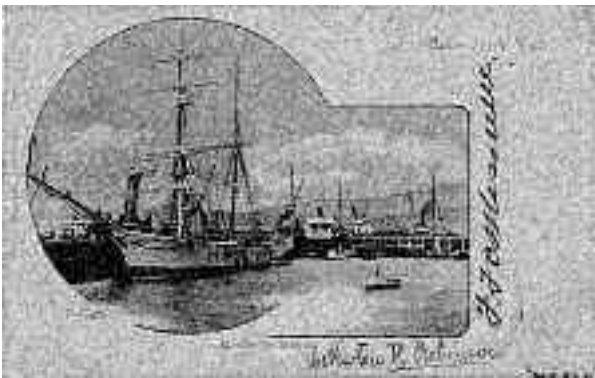
piezas en el engranaje de un reloj que iba a marcar muchas horas de desolación para Europa.

Poco podían imaginar los redactores de *El Faro de Vigo* aquel 11 de agosto de 1936 –inmersos en la vorágine de un enfrentamiento fratricida que había estallado hacía menos de un mes– que uno de los pasajeros del «Alcántara», barco cuya fotografía, firmada por Pacheco, ilustraba la página 10 de la edición de ese día, iba a dejarnos valiosos escritos –en lo estético como en lo ético– inspirados en su recorrido de unas horas por la ciudad que da título al periódico. Zweig pondrá rostro a los nombres que se suceden –en éste como en otros días– en las relaciones de soldados de reclutamiento forzoso publicadas por *El Faro*, y servirá de contrapunto ideológico a unas hojas en las que el apoyo a los alzados frente a «las hordas rojas» resulta bastante evidente.

El pie de la foto de Pacheco, tomada el 10 de agosto de 1936, día que Zweig va a calificar en su diario de «increíblemente interesante» (cfr. 1984: 393; 1936), reza así: «El magnífico trasatlántico inglés ‘Alcántara’, que procedente de Inglaterra entró ayer en el puerto vigués con numeroso pasaje en tránsito, embarcando en Vigo pasajeros para la América del Sur» (*Faro de Vigo*, 11/8/1936: 10).

En esa misma página del periódico aparece registrada bajo el epígrafe «El Puerto de Vigo» –en un ritual que se repite diariamente– la entrada y salida en esa fecha, el referido 10 de agosto, del barco en cuestión. En el apartado de «Vapores llegados» se consigna de modo escueto: «Inglés ‘Alcántara’», de Southampton, con 616 pasajeros en tránsito». Bajo «Despachados» podemos leer: «Inglés ‘Alcántara’, para Buenos Aires. Embarcó 50 pasajeros» (*Faro de Vigo*, 11/8/1936: 10).

Centrándonos en los escritos de Zweig, constatamos que las anotaciones de su dia-



rio de impresiones que recoge en su diario<sup>1</sup> y ven la luz ese mismo año, los signos inequívocos de la cercanía del conflicto bélico se diluyen en la fascinación que le produce la galería de seres humanos que contempla y retrata; publicadas sus memorias póstumamente, en 1944 –transcurridos dos años de su suicidio en Petrópolis (Brasil)–, hallamos el mismo episodio reelaborado bajo el microscopio que proporcionaron los acontecimientos posteriores. Éstos permitieron a Zweig ampliar su horizonte de expectativas, e interpretar detalles y gestos de aquel día como pequeñas pero decisivas



Stefan Zweig

rio inciden en aspectos más bien banales, y que incluso los serios, descritos por un observador atento pero distanciado, adquieren la liviandad de lo meramente anecdótico. De este modo, un hombre impregnado del entusiasmo que proporciona el encontrarse en un lugar desconocido, afirma que en el momento de aproximarse a la bahía de Vigo – cuya entrada está presidida por un crucero norteamericano – se comunica a los pasajeros que pueden desembarcar bajo su propia cuenta y riesgo, si bien él escucha al mismo tiempo que el hacerlo no constituye el más mínimo peligro. Desembarazado así mentalmente del fantasma acechante de la guerra, describe

La aparente superficialidad con la que enumera estos elementos bélicos con los que se topa nada más desembarcar, se sustenta en dos presupuestos tan triviales que hasta hacen esbozar una sonrisa: los soldados parecen tan poco salvajes como las tropas de su patria y le han relatado la estricta observancia de la siesta incluso en los combates.

rencia de los soldados – no porten el característico distintivo rojo franquista. Nos cuenta que no sólo se limita a ver, sino que además hace fotos a camiones que, a reventar de soldados, parten hacia el fren-



el austriaco sin embargo una ciudad repleta de milicia, ataviada con espléndidos uniformes caqui o azul marino y cascos. La soldadesca le parece disciplinada al modo alemán. Observa la presencia en ella de adolescentes armados con revólveres que aguardan a que los fotografíen mientras merodean y holgazanean por allí. Le llama poderosamente la atención el que muchas personas –se entiende que a dife-

te. La aparente superficialidad con la que enumera estos elementos bélicos con los que se topa nada más desembarcar, se sustenta en dos presupuestos tan triviales que hasta hacen esbozar una sonrisa: los soldados parecen tan poco salvajes como las tropas de su patria y le han relatado la estricta observancia de la siesta – término éste que incluye en sus anotaciones– incluso en los combates.

Sólo si se sabe, como es su caso, que la maquinaria de la guerra se ha puesto en marcha, se está en condiciones de detectar – asevera – un sinfín de pequeños signos que descubren la misma. Quedan éstos sin embargo apagados para el observador gracias al ‘pintoresquismo’ que se empeña en atribuir a España. Así, si bien encuentra en una librería los escritos de Hitler y el libro de Ford contra los judíos junto a «tonterías semejantes» – es éste el calificativo que reserva a tales obras – y al pedir café en un local se entera de que hace días ya se ha cortado el suministro de agua y los trenes no circulan, en realidad, habituado a los nutridos ejércitos de Alemania y Austria, considera apenas imaginable que el frente de batalla se encuentre próximo. Acorde a ese pintoresco entorno que describe, nos ofrece un cuadro de apacible costumbrismo, con una mayoría de personas que continúan desempeñando sus oficios y ocupaciones con total normalidad.

El resto de las impresiones que plasma en el papel ese día se enmarca en lo que Jean-Marie Carré, diseñador del programa de la Imagologie o estudio de la imagen, de «comment nous voyons-nous entre nous, Anglais et Français, Français et Allemands, etc.» (*images*), considera rayano con las visiones o ilusiones (*mirages*)<sup>2</sup>. En efecto, Zweig, como atraído por cantos de sirena, se estrella, subyugado por beldades humanas y paisajísticas, en los modelos cincelados en su cabeza por sus vastos conocimientos y lecturas. Y es que, como muy acertadamente señaló Lippmann,

«Carecemos de tiempo y ocasiones para conocer íntimamente a los demás, por lo que, en su lugar, nos limitamos a detectar rasgos característicos de ciertos prototipos que nos resultan de sobra conocidos y a completar el resto de la imagen echando mano de los estereotipos que pueblan nuestra mente [...]» (2003: 87; 1922).

Ante los innumerables voluntarios apostados delante del ayuntamiento, queda Zweig obnubilado por los hermosos muchachos. Las mujeres no les andan a la zaga desde su punto de vista, y para realzar su belleza no duda en desprestigiar a las inglesas. Su entusiasmo le hace intercalar palabras en castellano en su discurso:

«[...] so wie ich auch mehr chicas guapas in diesen zwei Stunden gesehen habe als in ganz England – ein bezaubernd schönes Volk und dabei pittoresk: die Frauen, die wie Römerinnen aufrecht Centnerlasten auf dem Kopf tragen, die Carreteros, die Esel treiben, alles von griechischem Wuchs» (Zweig 1984: 394; 1936).

No podemos sacudirnos el alíño del pintoresquismo en ningún momento. Las grandes civilizaciones europeas son sacadas aquí a colación para establecer una curiosa comparación. Se confirma en descripciones como las precedentes que los modelos observados se hacen encajar en un molde prefabricado que uno arrastra consigo. Especial admiración suscita en el autor austriaco el que mujeres con amplios mandilones, ancianas, mendicantes incluso algunas, con greñas sudorosas y polvorientas por cabellos y los pies sucios, conserven semejante dignidad al caminar. La explicación que a tal constatación subyace es la misma –o una de ellas al menos– que la que ronda aún hoy por nuestras cabezas al observar a estas trabajadoras mujeres gallegas: el enorme peso que han de sostener es el que las obliga a no inclinarse y a mantener un paso que además de digno Zweig califica de majestuoso.

De grandes pintores españoles toma prestados motivos con los que identificar seres animados u objetos inertes, aun cuando los modelos reales de aquellos artistas se hallaran a mucha distancia de Galicia. Las mujeres a las que con tanta insistencia se refiere le recuerdan a las de Goya, mientras que los *Murillokinder* le resultan encantadoramente descarados y bellos. A este respecto conviene exponer lo que al hilo de la imagen visual, pictórica de España, afirma Núñez Florencio:

«A veces, el bien y el mal, la belleza y la repulsión, lo grotesco y lo sublime, se funden en las mismas figuras: los niños piojosos de Murillo, el bufón de expresión simpática, el monarca displicente, el mártir que sonríe, la santa que despierta la lascivia, el mendigo revestido

de dignidad...» (2001: 249).

Quizás haya algo de esto en el distinguido porte que descubre con asombro Zweig en unas mujeres cubiertas de suciedad, las mismas portadoras de cestas que al día siguiente ve en Portugal y que le sugieren el maravilloso contraste de los países del Sur de «brillo en la miseria y miseria en el brillo». No nos transmiten sin embargo el más leve rechazo las palabras de Zweig, antes al contrario, un exaltado entusiasmo que baña todo lo que ve: colores en la calle, buros, carros de bueyes, coches con tejadillo junto a elegantes automóviles...

Entre el Norte –la Inglaterra de la que ha partido, en la que está viviendo– y el Sur –representado por una Lisboa, capital de Portugal, en la que recalará el «Alcántara» al día siguiente, 11 de agosto de 1936– parece haber encontrado Zweig su punto medio ideal, en unas afirmaciones cargadas de ‘prejuicios’ para con los países término de comparación que elige. Según el escritor, dos horas de España siguen siendo más intensas que un año de Inglaterra, mientras que las personas que ve en Portugal no le parecen ni tan señoriales ni tan bellas y carecerían del *Caballerostolz* de los españoles.

Llegados a este punto no podemos olvidar la reelaboración posterior del material de su diario por parte de Stefan Zweig, en una serie de textos autobiográficos con el título de *Die Welt von Gestern. Erinnerungen eines Europäers*<sup>3</sup>. El tono despreocupado y vital que recorría sus anotaciones primeras se torna ahora introspectivo pesimismo. Establece con rotundidad –al igual que vemos en Canetti– una conexión entre la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, afirmando que

«Aquel verano de 1936 había comenzado la Guerra Civil Española, que vista superficialmente, no era más que una contienda interna de este país bello y trágico, pero en realidad se trataba ya de la maniobra preparatoria de los dos grupos ideológicos de poder para su futuro choque» (1997: 448; 1944) (trad. de la autora).

De nuevo nos topamos con las dicotomías grandilocuentes para referirse a lo nuestro; en este caso, la belleza y la tragicidad van de la mano. Pone de manifiesto que lo que vio en esas horas en Vigo fue más que suficiente para justificar preocupaciones y pensamientos negativos. La ciudad –relata– se

encuentra en manos de la gente de Franco y delante del ayuntamiento ondea su bandera. Conducidos en su mayoría por sacerdotes, dato que no aparecía mencionado en su diario, aquellos bellísimos jóvenes se convierten ahora en muchachos con ropa campesina, recogidos probablemente de los pueblos vecinos. Mientras entran en el edificio, Zweig se pregunta en voz alta si se tratará de trabajadores a los que se piensa contratar o de desempleados a los que se ofrecerá comida, para obtener la respuesta que busca al observar que salen de allí provistos de impecables uniformes y armas, para partir raudos y veloces subidos a coches igual de flamantes. Asegura con horror que la misma escena ya la había visto en Italia y en Alemania y se pregunta:

«[...] ¿Quién envía, quién paga estos uniformes nuevos, quién moviliza a estos jóvenes anémicos, quién los empuja contra el poder establecido, contra el Parlamento elegido, contra su propia y legal representación popular?» (1997: 449; 1944) (trad. de la autora).

Toma pues Stefan Zweig, al igual que muchos intelectuales en lengua alemana de su tiempo, partido por el gobierno democráticamente elegido y considera totalmente ilegítimo que éste se pretenda derribar.

Respecto a la financiación de este alzamiento contra el gobierno republicano y los agentes que la posibilitan, realiza el autor austriaco sus particulares conjeturas, afirmando que:

«El tesoro del Estado se encontraba –yo lo sabía– en manos del gobierno legal, así como los depósitos de armas. Con lo cual, estos automóviles, estas armas, tenían que haber sido enviados desde el extranjero, y habían llegado sin duda desde el cercano Portugal a través de la frontera. Pero ¿quién los había enviado, quién los había pagado? Era un nuevo poder que pretendía llegar a dominar, uno y el mismo poder que aquí y allá se había puesto a la obra, un poder que amaba la violencia, que precisaba de la violencia, y que consideraba todas las ideas a las que nos adheríamos y por las que vivíamos, paz, humanitarismo, conciliación, como debilidades anticuadas [...]» (1997: 449; 1944) (trad. de la autora).

El acopio de armamento y el ataque al gobierno establecido por parte de ese fascismo ávido de poder cuya inexorable expansión refleja Zweig en sus escritos, no

se podía haber improvisado de un día para otro. De este modo, y pese a la escasa presencia de España en la prensa alemana especialmente en los años previos al conflicto, prácticamente dos antes del estallido de la Guerra Civil –concretamente en septiembre de 1934– dos breves noticias publicadas en el *Frankfurter Zeitung* hacen referencia a ese tráfico de armas ilegal. El día 18 del mencionado mes se informó de la comisión de tal delito por parte de un industrial llamado Horacio Echevarieta [sic], al tiempo que se hablaba de su descubrimiento por parte de la policía española. El gabinete de prensa del Reich habría prohibido el mismo día publicar más noticias sobre el asunto, alegando que Echevarieta [sic] era ‘amigo de los alemanes’, extremo éste – el del carácter de la relación del industrial con el gobierno del Reich – que según Antonio Peter no se pudo finalmente averiguar (cfr. 1992: 65 y 82). Por otra parte, el 25 de septiembre del mismo año, 1934, Fritz Wahl escribía de nuevo para el *Frankfurter Zeitung* acerca de la búsqueda de almacenes de armas en España, opinando el periodista que nuestro país estaba reuniendo municiones para una guerra civil (cfr. Peter 1992: 66).

Zweig denuncia a aquellos grupos secretos que, ocultos en sus oficinas y empresas, se aprovechan del idealismo de los jóvenes para manejarlos como a marionetas a su antojo contra otros muchachos, compatriotas y tan inocentes como ellos.

El autor, que remata las páginas dedicadas a Vigo y a las impresiones que allí recogió con grandilocuente patetismo, determina de modo cristalino que el conflicto español no es más que la antesala de la desolación a que se va a ver sometido el Viejo Continente. Sus negros augurios se traducen en un discurso lastrado por un ácido pesimismo:

«[...] me sobrevino una idea de aquello que nos aguardaba a nosotros, a Europa. Entonces, cuando tras unas horas de estancia el barco volvió a dejar la orilla, bajé rápidamente a mi camarote. Me resultaba demasiado doloroso volver a echar un vistazo a esta hermosa tierra que por culpa ajena había sido assolada por una terrible devastación; señalada por la muerte a causa de su propia locura me pareció Europa, Europa, nuestra patria sagrada, cuna y Partenón de

Zweig denuncia a aquellos grupos secretos que, ocultos en sus oficinas y empresas, se aprovechan del idealismo de los jóvenes para manejarlos como a marionetas a su antojo contra otros muchachos, compatriotas y tan inocentes como ellos.



nuestra civilización occidental» (1997: 450; 1944) (trad. de la autora).

Concluida la Guerra Civil Española, con la victoria del bando nacional, en la que resultó clave la intervención alemana, el puerto de Vigo vuelve a erigirse en escenario de tropas en movimiento. Del solaz del transporte de pasajeros, trabajadores de vacaciones, así como de personalidades como el inventor del *Volkswagen*, el profesor Porsche, pasó el buque *Wilhelm Gustloff* –que acabó hundido por un submarino ruso en 1945, en los estertores de la Segunda Guerra– a prepararse para los rigores bélicos. Su primera misión de ‘transición’ entre actividades en tiempo de paz y estrategias en tiempo de conflicto supuso también en sentido literal y metafórico un nexo de unión entre la finiquitada Gue-

rra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, pues a ambas prestó sus servicios. Interesa por su trasfondo histórico reproducir este largo pasaje de la traducción de *Im Krebsgang*, de Günter Grass:

«Después de haber invernado en Génova, a mediados de marzo del treinta y nueve el *Gustloff* arribó de nuevo a Hamburgo. Cuando, pocos días más tarde, entró en servicio el *Robert Ley*, la flota de la FPA disponía de trece barcos, pero de momento terminaron los viajes de vacaciones de trabajadores y empleados. Con destino desconocido y sin pasaje, navegaron Elba abajo siete barcos de la flota, entre ellos el *Ley* y el *Gustloff*, y sólo a la altura de Brunsbüttelkoog una orden, hasta entonces sellada, reveló su destino: el puerto español de Vigo.

Por primera vez, los barcos debían servir para el transporte de tropas. Como la guerra civil había terminado y el general Franco y, con él, la Falange habían vencido, los voluntarios de la Legión Cóndor, que luchaban desde el treinta y seis del lado franquista, podían volver a casa.» (2004: 82; 2002) (trad. de Sáenz).

Una misión secreta venía a sustituir a la propagandística llevada a cabo otrora por ambos barcos. En los primeros años del nacionalsocialismo habían satisfecho desde el aparato estatal las necesidades de descanso y vacaciones del proletariado alemán. Asueto subvencionado en buena parte por la compañía de viajes gubernamental *Kraft durch Freude (KdF)*, traducida al castellano por *A la Fuerza por la Alegría (FPA)*. Günter Grass recuerda en *A paso de cangrejo* (cfr. 2004; 2002) numerosos cruceros realizados en torno a los fiordos noruegos, Madeira o la costa italiana. Antonio Peter señala que estos barcos tocaban con frecuencia puertos de países considerados amigos, con la pretensión de lograr un acercamiento entre los pueblos (cfr. 1992: 45). En lo que respecta a España, Peter da noticia de un viaje muy especial del *Robert Ley*, que en lo que denota y connota subyace a unos estudiados efectos propagandísticos que hacen dudar de la autenticidad de lo que los medios del momento subrayaban:

«También el viaje inaugural del barco de la FPA *Robert Ley* hacia Tenerife y Madeira, en mayo de 1939, con 1.700 alemanes de vacaciones, debía continuar afianzando la amistad germano-español-

la. Con gran atención por parte de los medios, se celebró el recibimiento en la isla española de los presentados como especialmente estimados alemanes. La radio reseñó en el marco de una gran 'crónica del viaje' el entendimiento entre locales y turistas. [...] estas coincidencias resultarían de la similitud de los sistemas políticos bajo los que vivían ambos pueblos» (1992: 45 y s.) (trad. de la autora).

Estos aparentes lazos de amistad que se anudaban recién concluida nuestra guerra a fecha de 1 de abril de 1939, sufrieron una pausa forzosa justo cinco meses después, a partir del 1 de septiembre de 1939, día en que comienza oficialmente la Segunda Guerra Mundial.

Volviendo a la esquina noratlántica, el puerto de Vigo y con él España y los españoles aparecerán tangencialmente en la película alemana *Das Boot*, de Wolfgang Petersen, que alcanzó notable éxito no sólo en nuestro país.

Al adentrarnos en la imagen que de nosotros se ofrece en determinadas películas alemanas, hemos de ser conscientes de que con el cambio de expresión artística nos enfrentamos también a un tipo de lenguaje diferente al de las manifestaciones literarias. Podemos incluso ir más allá, y de acuerdo con Schwerdtfeger, entender lengua y películas como dos categorías diferenciadas, constituyendo la primera la parte de un todo y la segunda un todo en sí misma. Comprenderemos esto mejor leyendo las definiciones de la citada autora: «La lengua describe situaciones. Las películas crean su propia realidad. Las películas muestran situaciones (utilizan sonidos, colores, movimiento, lengua hablada). La lengua sólo es lineal. Las películas son tanto lineales como simultáneas. [...]» (1989: 15) (trad. de la autora).

El carácter de lengua en sí misma en que se erige el complejo constructo fílmico, lleva a hablar muy acertadamente a Schwerdtfeger del ente película como de un tipo de texto dotado de un sistema de signos específico, cuyos principales elementos serían la imagen y el sonido. La primera, dependiendo del enfoque de la cámara, se despliega en las variantes de aproximación a, o alejamiento de un objeto, en el ya citado movimiento y en la perspectiva, mientras que el sonido se presenta en forma de lengua, de los mencionados sonidos y de música.

Dirigida en 1981 por Wolfgang Petersen, con guión de él mismo inspirado en la novela del periodista y fotógrafo Lothar Günther Buchheim –en la que recrea sus propias experiencias a bordo del submarino U-96 como corresponsal de guerra enviado por el Ministerio de Propaganda alemán–, contemplamos escenas relacionadas con nuestra imagen, así como la creación de imágenes falsas o desvirtuadas, de mitos falaces, de espejismos...

La acción de la película se desarrolla fundamentalmente en el ambiente claustrofóbico de uno de los submarinos alemanes a los que durante la Segunda Guerra Mundial se encomendó la misión de lograr un bloqueo comercial total en torno a Gran Bretaña, con la pretensión, auspiciada por Hitler, de que el enemigo se muriera de hambre. Dicho plan se reveló utópico dado que la flota de fragatas inglesas cruzaba el Atlántico custodiada por potentes destructores. Éstos comenzaron a minar las



ambiciones del dictador, al tiempo que hacían mermar la flota de submarinos alemanes. El número de marineros que sufrió encierro e incertidumbre bajo la superficie del mar se cifró en entre 40.000 y 50.000; el de los que ya nunca volvieron, en 30.000.

A un puñado de estos hombres –acompañados por el citado corresponsal de guerra– los seguimos en la angustiosa travesía que inician en el otoño de 1941 en el puerto francés de Saint Nazare, ocupado por fuerzas alemanas. Tras numerosos avatares y penalidades y haberse librado por poco de la muerte, el submarino toma rumbo hacia el puerto de Vigo. En medio de una tensa calma, el capitán informa al corresponsal de que, pese a sus reticencias a abandonarlo, ha de dejar el submarino –junto al alférez de navío, cuya mujer está enferma – en cuanto lleguen a tierra. Les anuncia firme, excluyendo cualquier posi-

ble réplica, que «nuestros agentes se encargarán de ustedes. Ya se les sacará de España de alguna manera. Por mí, como si es disfrazados de gitanos». Y añade en tono cariñoso que se lo ha pensado bien, que a dos personas no les resulta tan duro como a una sola emprender un viaje así. El hecho de sugerir en tono ligeramente jocoso el que se hagan pasar por gitanos para salir del país, responde al exotismo con que se ha caracterizado siempre a España. El que se aluda a una posible dificultad para atravesarla, camino que tendrían que allanar los agentes alemanes, resulta algo chocante teniendo en cuenta que en el año 1941 detenta Franco ya el poder. Se nos desvela así que las relaciones entre el gobierno español y el del *Reich* no sean quizás lo fluidas que cabría suponer, hecho que un detalle que trataremos más adelante no vendría sino a confirmar. En este sentido, parece probado en todo caso que no siempre la cúpula del poder en España rindió pleitesía a la que lo ostentaba en Alemania, favoreciendo su actitud neutral en esta misma época, en 1940, concretamente, el que intelectuales de la talla de Heinrich y Golo Mann, Werfel, Feuchtwanger y Döblin entre otros, cruzaran nuestro país en su camino hacia el

puerto de Lisboa, como señala H. Walz en su obra *Spanien*, de 1971, a la que alude Hoffmeister (cfr. 1980: 259; 1976).

Celebrando la Navidad encontramos a los oficiales de Marina del *Weser*, carguero alemán fondeado en el puerto de Vigo que acoge a los recién llegados. Al triple saludo de «Sieg! Heil!» que entonan aquéllos al unísono –las mangas de los flamanes uniformes tan estiradas como sus cuerpos– sigue la loa a los '*graue Wölfe*', los 'lobos grises' que habitan los submarinos, elevados a la categoría de héroes. Las rutilantes palabras de los ocupantes del *Weser*, su recreación e impaciente necesidad de saber de la fascinante vida en los fondos marinos, contrastan vivamente con el aspecto de unos sudorosos y famélicos, rudos y genuinos lobos de mar. No podemos evitar acordarnos ante estas imágenes de aquello que afirmaba Zweig en torno a los

que mueven los hilos y los que no son más que marionetas a su servicio, aunados por una misma causa, desempeñando en cambio papeles diametralmente opuestos.

Las imágenes se encargan insistentemente de desmentir a las palabras, gracias a la citada posibilidad de simultaneidad de que goza el cine. Mientras el que parece ser capitán del Weser se queja –ante una mesa adornada y colmada de manjares– de lo dificultoso de transportar torpedos y de que «los españoles nos toleran, pero no es que nos quieran precisamente», el sombrío rostro del capitán del submarino resulta en su aparente apatía suficientemente censurador. Aquél recita y ofrece los sabrosos productos navideños alemanes, salidos de la cocina y del horno del barco. Constituyen –precisa–, «*ein Stück Heimat*». Al ‘lobo gris’ le fascina sin embargo la novedad de comer higos; se trata de higos frescos, como apunta presto el capitán del Weser. En su tono de voz se adivina la admiración –recogida en numerosas ocasiones en libros y periódicos en lengua alemana –, por la variedad de frutas existentes en España en particular y en los países mediterráneos en general. La misma que se mostrará en el exotismo de unos plátanos que los marineros introducen con extremada alegría y buen humor en el submarino al abandonar Vigo, además de otros alimentos frescos como lechugas y pan. Aquéllos, mientras pro-

Zweig dibuja en su particular e idealizador plano un puerto y unos aledaños que no parecen poseer vasos comunicantes con un enfrentamiento armado que sin embargo, revolotea cerca y no se puede ignorar.

ceden a avituallarse, bromean acerca de que les hubiera gustado contar con la presencia de chicas españolas. En concreto, lo dice uno de ellos, a lo que otro replica que mejor que no sea así, «porque podrían pegarte algo malo». Esta apostilla es la que se puede escuchar en la versión doblada al castellano, que pese a que podría herir algunas susceptibilidades, resulta bastante más suave que la de la versión original en alemán, que es: «*Wir brauchen keine spanischen Sackratten*», o lo que es lo mismo, «no necesitamos ladillas españolas».

Son comentarios y risas banales que subrayan esas horas de respiro en Vigo. Tras

una arrebolada puesta de sol, mecido por suaves vientos, el submarino – emergido hace ya unas cuantas millas atrás –, había alcanzado por fin las luces que en el fondo del plano titilaban anunciando el puerto y la ciudad gallegos. La oscuridad de la noche cerrada aparece rota no sólo por los destellos blancos y anaranjados, sino también, acompasadamente, por el ligero rasgueo de guitarras españolas. Es una melodía de inspiración andalusí por la que se opta para señalar la llegada a territorio español. La música contribuye a crear una atmósfera que se intuye de sosiego tras los duros momentos vividos. Atrás han quedado los estremecedores chirridos subacuáticos de escotillas sibilantes o motores rugientes, omnipresentes en la mayor parte del metraje y que en su transmisión de una tensión que se puede mascar en medio del silencio, adquieren la consistencia de un personaje.

Zweig dibuja en su particular e idealizador plano un puerto y unos aledaños que no parecen poseer vasos comunicantes con un enfrentamiento armado que sin embargo, revolotea cerca y no se puede ignorar. Una guerra intestina, banco de pruebas y pistoletazo de salida de otra que cruzará fronteras. En ambas aparece Vigo como un tranquilo muelle, fuente de provisiones y de fugaz felicidad. Como una amenaza de temporal que no llega a cuajar.

## Notas

1. A ellas se hace referencia en estos párrafos, que incluyen una paráfrasis y comentarios a partir de los *Tagebücher* de Zweig, Stefan (1984: 393-395; 1936).
2. Consúltese para estas cuestiones el artículo «Literarische Wirklichkeitsperspektivierung und relative Identitäten», de Horst Steinmetz, en Wierlecher, Alois (1985): *Das Fremde und das Eigene*. Prolegomena zu einer interkulturellen Germanistik, Iudicium, München, pp. 65-80.
3. De las mismas, en su edición de 1997, pp. 448-450, extraemos las reflexiones del autor que centrarán los próximos párrafos.

## Bibliografía

### Bibliografía primaria

Faro de Vigo (ed.) (1936), 11 de agosto, Vigo, p. 10.  
Grass, G. (2002): *Im Krebsgang*, Steidl, Göttingen.  
Se cita por la traducción *A paso de can-*

*grejo* (2004), Punto de lectura, Madrid, p. 82. Trad. de Miguel Sáenz.

Petersen, W. (dirección y guión) (1997): *Das Boot*. The Director's Cut (DVD). Alemania (1981). Según novela de Lothar-Günther Buchheim.

Zweig, S. (1984; 1936): «Reise nach Brasilien und Argentinien» [8. August-1. September 1936], en *ibid.*: *Tagebücher*, Fischer, Frankfurt am Main, pp. 393 y ss.

-(1997; 1944): *Die Welt von Gestern. Erinnerungen eines Europäers*, Fischer, Frankfurt am Main. (Edición basada en la Bermann-Fischer (1944), Estocolmo), pp. 448-450.

### Bibliografía secundaria

Hoffmeister, G. (1976), *Spanien und Deutschland. Geschichte und Dokumentation der literarischen Beziehungen*, Erich Schmidt, Berlin. Se cita por la traducción *España y Alemania*. Historia y documentación de sus relaciones literarias (1980), Gredos, Madrid, p. 259. Trad. de Isidro Gómez Romero.

Iglesias Santos, M. (1994), «La Estética de la Recepción y el horizonte de expectativas», en Villanueva, D. (comp.), *Avances en Teoría de la Literatura (Estética de la Recepción, Prag-*

*mática, Teoría Empírica y Teoría de los Polisistemas)*, col. *Avances en...*, n° 3, Universidad, Santiago de Compostela, pp. 58, 64 y s. Lippmann, W. (1922), *Public Opinion*, Macmillan, London/New York. Se cita por la traducción *Opinión pública* (2003), Cuadernos de Langre, Madrid, pp. 81-196. Trad. de Blanca Guinea Zubimendi.

Núñez Florencio, R. (2001), *Sol y sangre*. La imagen de España en el mundo, Espasa, Madrid, p. 249.

Peter, A. (1992), *Das Spanienbild in den Massenmedien des Dritten Reiches: 1933-1945*, Peter Lang, Frankfurt am Main / Bern / New York, pp. 45 y s.; 65 y s.; 82.

Schwerdtfeger, I. C. (1989), *Sehen und Verstehen*. Arbeit mit Filmen im Unterricht. Unterrichts Deutsch als Fremdsprache, Langenscheidt, Berlin, p. 15.

Steinmetz, H. (1985), «Literarische Wirklichkeitsperspektivierung und relative Identitäten», en Wierlecher, Alois (1985), *Das Fremde und das Eigene*. Prolegomena zu einer interkulturellen Germanistik, Iudicium, München, pp. 65-80.